

## § 123.

**La caída de una parte de los ángeles  
Existencia de espíritus malos**

1. *No todos los ángeles han recibido la perfección sobrenatural para la cual estaban destinados. Algunos de ellos pecaron y fueron condenados para siempre.* (Dogma. Véase el cuarto Concilio Lateranense, D. 428 y sig.).

2. La *Epístola segunda de San Pedro* (2, 4) da testimonio del pecado de una parte de los ángeles. En ella se dice de los falsos profetas que llegará el día en que han de ser castigados. En vano esperarán ser perdonados, pues Dios no perdonó tampoco a los ángeles rebeldes; antes bien, los arrojó a los más profundos abismos del infierno. También la *Epístola de San Judas* (6) habla de los ángeles caídos como ejemplo de la justicia punitiva divina: "... y como a ángeles que no guardaron su dignidad y abandonaron su propia morada, los tiene reservados en perpetua prisión, en el orco, para el juicio del gran día." Según estos dos testimonios, los ángeles fueron castigados inmediatamente después de cometer el pecado y de nuevo serán condenados definitivamente el día del juicio universal. También San Juan (*Io.* 8, 44) atestigua el pecado de los ángeles castigados. El diablo no ha vivido en la verdad, es decir, no se ha sometido al orden de las cosas impuesto por Dios. Lo decisivo en estos pasajes es que en ellos se dice que el diablo es un ángel caído. Su pecado no destruye la dignidad que le corresponde como criatura que es de Dios. Aún San Miguel mismo, el arcángel, el que arrojó a Satanás del cielo (*Apoc.* 12, 7 y siguiente), no se atreve a maldecirle (*Iudith* 8-10).

3. El pecado de una parte de los ángeles presupone que éstos eran capaces de pecar. Según la doctrina de los Padres de la Iglesia y de los teólogos medievales, los ángeles podían pecar. Es verdad que por esencia estaban orientados hacia la visión de Dios, pero habían de poseerla sólo después de haberse decidido voluntariamente en pro de la posesión sobrenatural de Dios. Su libre voluntad era capaz de adoptar una decisión falsa, pues podía bus-

car la perfección en sí misma o en Dios, en cuanto que es creador del orden sobrenatural. Mediante la gracia, especialmente mediante la visión beatífica, los ángeles obtuvieron la impecabilidad. Según la doctrina de los teólogos modernos, sobre todo de los tomistas, que siguen las huellas del dominico Báñez, los ángeles, por esencia, no podían pecar, puesto que, según su esencia, estaban orientados hacia una perfección *natural* en Dios, poseyéndola esencialmente y tendiendo necesariamente hacia ella. Sólo al ser elevados a un orden sobrenatural obtuvieron la capacidad de pecar. En este nuevo orden, su voluntad ya no tendía necesariamente hacia la meta señalada, tuvo que decidirse en pro o en contra de una meta que sobrepasaba las necesidades de su esencia, y pudo, por consiguiente, adoptar una decisión falsa.

Cualquiera que sea la opinión que se siga, es cierto, en todo caso, que los ángeles fueron sometidos a una *prueba*. No sabemos en qué consistió y cuánto duró esa prueba. Acerca del pecado de los ángeles, la Revelación se limita a hacer algunas indicaciones. Si todo pecado comienza por la soberbia (*Ecle.* 10, 12 y sig.), también el pecado de los ángeles habrá tenido que comenzar por la soberbia. Del "hijo de la perdición" se dice que se alza contra Dios y todo lo santo (*II Thess.* 2, 4). En concreto, puede decirse sobre el pecado de Satanás que éste, deslumbrado por su propia gloria, olvidó que dependía de Dios y negó esa dependencia, que se opuso a ser mera criatura o que rechazó el don de la perfección sobrenatural que Dios le ofrecía porque no quería deber nada al amor. Su lucha encarnizada con Cristo y contra la obra de la Redención nos permite colegir que Satanás se resistió a reconocer la supremacía de Cristo, a reconocer que Cristo, el Hijo de Dios encarnado, es el corazón y la cabeza de la Creación.

4. Consecuencia del pecado de los ángeles es el hecho terrible de que hay seres creados absolutamente malos, perversos, que sólo buscan y quieren el mal. En muchos pasajes, el AT atestigua la existencia de enemigos personales de todo lo bueno: *Job.* 1, 6 y sigs., *Zach.* 3, 1 y sigs., *Sap.* 2, 24 y, probablemente, también *Lev.* 16, 7 y sig. Los tres primeros pasajes serán estudiados en el párrafo siguiente. En *Lev.* 16, 7 y sigs. se habla de Azael, que nos es descrito como ser personal. Mediante un rito simbólico se hace recaer sobre él el pecado. Este rito no sólo simboliza la supresión del pecado; con él se indica también dónde está el pecado durante toda la eternidad, es decir, en Azael, que es, por consiguiente, idéntico

tico con Satanás. No prueban la existencia de Satanás textos con frecuencia citados, como *I Sam.* 16, 14 y sig.; 16, 23; 18, 10; 19, 9; *III Reg.* 22, 19-23; *I Par.* 21, 1. Véase H. Kaupel, *Die Dämonen im Alten Testament*, 1930.

Los libros inspirados rechazan y combaten creencias supersticiosas relativas a los demonios. El AT prohíbe que se ofrezcan sacrificios a los Seirim, es decir, a figuras en forma de macho cabrío de la superstición popular influenciada por el paganismo circundante. Se reprochan al pueblo los sacrificios que ofrece a los demonios, a dioses de la fantasía, es decir, a dioses desconocidos, nuevos, que comenzaban a estar de moda (*Dt.* 32, 17; véase *II Par.* 11, 15). Es cierto que en estos pasajes no aparece con claridad, si es que se trata de espíritus malos o de dioses paganos, siendo lo primero lo más probable. A la esfera de la superstición popular combatida por la Revelación pertenecen los demonios en figura de macho cabrío, cuyo paradero serán las ruinas de ciudades abandonadas. Allí también viven el diablo femenino Lilith y otros seres de igual ralea (*Is.* 13, 12; 34, 12-14). En el *Sal.* 106 [105] parecen ser espíritus malos los ídolos a quienes el pueblo ofrece sacrificios.

Es también dudoso que el libro de Tobías atestigüe la existencia de Satanás. Se cuenta allí que la hija de Ragüel sufre de un misterioso mal: se había casado siete veces y los siete maridos murieron en la noche de las nupcias. Como causante de la desgracia aparece el demonio Asmodeo; a él se le atribuye la muerte de los siete maridos. El ángel Rafael quebranta su poderío (3, 8; 6, 8 y sigs.; 8, 3; 12, 3; 14). En esta narración se dice de Asmodeo que es un demonio. Ahora bien, en otros lugares del AT, esta expresión se emplea para designar a los demonios del paganismo combatidos por el AT. En el AT, el ángel prevaricador se llama Satanás. Al contrario de lo que sucede con el Satanás del AT, Asmodeo no induce a cometer pecados, sino que aparece como causante de males físicos, en correspondencia con las ideas paganas relativas a los demonios. Hay que tener también en cuenta que los interesados en este asunto, al parecer, no sabían que era un demonio el que había causado la muerte de los siete maridos. Es la opinión pública, el cuchicheo malévolo de la gente, la que afirma que un demonio es el causante de la desgracia. Estas observaciones nos permiten conjeturar que el libro de Tobías, al describir al demonio Asmodeo, hace referencia a la creencia en demonios, muy generalizada en aquellos tiempos y que ejercía grande

influencia sobre el pensamiento de los pueblos de la antigüedad. De ser acertada esta interpretación, el libro de Tobías se propone inculcar a sus lectores, de un modo intuitivo e insinuante (presentando un ejemplo histórico), que no ha de temer a los demonios del paganismo, y que ha de tener absoluta confianza en la ayuda y protección de Dios, que envía a sus ángeles para que guarden y protejan a los justos. Los lectores necesitaban tales amonestaciones. Vivían cautivos en Babilonia y estaban amenazados por el peligro inminente de adoptar las supersticiosas creencias de la Demología pagana. El libro de Tobías no atestigua, pues, la existencia de ángeles prevaricadores. Véase M. M. Schumpp, *Das Buch Tobías*. 1933, LXXXI hasta LXXXVII.

5. El AT. no nos dice nada sobre el *número* de los ángeles prevaricadores. Al parecer, en todo el AT se habla siempre de uno solo: de Satanás. Cuando se habla de los secuaces del diablo, se hace referencia a los hombres malos que le siguen. Resulta, pues, que las ideas relativas al diablo no ocupan un lugar central en la fe religiosa del AT. Los males y las desgracias son pruebas que envía el Dios vivo y verdadero, y no se atribuyen a la actividad de espíritus malignos contra los cuales se pudiese luchar con toda clase de ritos mágicos. En el libro de Job se dice que Dios permite a Satanás que tiente y pruebe a Job; pero en el transcurso de la narración nos enteramos de que es Dios el que prueba a Job. De este modo aparece con toda claridad la diferencia que media entre el AT y las religiones paganas en lo que concierne a la creencia en demonios y espíritus malos. H. Kaupel, *Die Dämonen im Alten Testament* 92, ha estudiado detenidamente este problema y escribe lo siguiente: "La religión del Antiguo Testamento, en lo que concierne a la fe y el culto, no ha sido en manera alguna influenciada por el demonismo pagano. La prohibición de venerar a los diablos y los otros textos arriba estudiados documentan con toda evidencia la actitud adoptada frente a las correspondientes ideas y prácticas del paganismo."

6. El NT atestigua la existencia de un reino del diablo. Su jefe supremo, por decirlo así, es Belzebub (Beelzebul) (*Mt.* 25, 41; *II Cor.* 12, 7; *Apoc.* 12, 7; *Mt.* 12, 24). Hay una infinidad de diablos (*Mc.* 5, 9). No se nos dice si el número de ángeles prevaricadores es mayor o menor que el número de ángeles buenos. No obstante, admitir que es mayor el número de ángeles prevaricadores

es una opinión que parece estar en contradicción con la bondad y dignidad del Creador.

7. La idea revelada de que existe el diablo y de que éste es una criatura empedernida en el odio y rebelión contra Dios, no tiene nada de común con otras demonologías religiosas o profanas. En las supersticiones populares *griegas*, por ejemplo, los demonios son seres dotados de fuerzas sobrehumanas (frecuentemente considerados como espíritus de personas muertas), seres caprichosos y arbitrarios. Se muestran activos en determinados lugares o en determinados tiempos, con motivo de acontecimientos extraordinarios, de ordinario terribles. Tanto el hombre como la naturaleza se hallan bajo su influencia. El hombre puede aplacarlos, dominarlos o auyarlos mediante ritos mágicos. La filosofía griega trató de modificar estas ideas populares convirtiendo a los demonios en potencias divinas. En sus diferentes sistemas, los demonios pasaron a ser seres intermediarios. Lo demoníaco es de naturaleza divina y entre ello y lo divino no hay oposición radical.

En la *literatura apócrifa del judaísmo*, las supersticiones demonológicas juegan un papel importantísimo.

En la religión *persa*, el espíritu maligno es la personificación de fuerzas naturales. En el ser entero se halla el dualismo del bien y del mal. Ahura Mazda (Ormuzd), el Dios bueno, vive desde la eternidad en el reino de la luz; Angre Mainyu (Ahriman) vive también desde la eternidad en el reino de las tinieblas, que, debido a su omnisciencia, conocía bien a su enemigo, creó primero en el cielo un mundo perfecto. Allí vivieron las criaturas durante mucho tiempo, en un estado de existencia espiritual. Angra Mainyu vió la luz, decidió destruirla y creó con este fin, en el abismo, una inmensidad de diablos, se negó a obedecer a Ahura Mazda y le declaró la guerra. El Dios bueno consiguió aterrorizarle durante tres mil años. Al cabo de este tiempo, Angra Mainyu recobró sus fuerzas, se preparó para comenzar de nuevo la guerra y creó a los espíritus malos, que no sólo producen los daños materiales, sino también el pecado y toda clase de maldad. La lucha entre el Dios bueno y el espíritu de las tinieblas se prolonga a lo largo de la Historia. En la lucha final, el Dios bueno vencerá al dios malo, lo arrojará a los abismos y de este modo quedará vencido el enemigo. En lo que concierne la diferencia entre esta doctrina y la de la Biblia, véase H. Kaupel, *l. c.*, 112 y sig.

8. En la literatura profana la expresión "demoníaco" designa una potencia activa, enigmática, incomprensible, tenebrosa, impersonal, a menudo destructora. Véase Tillich, *Das Dämonische*, 1926. En una ocasión Goethe lo describe de la siguiente manera (*Aus meinem Leben*, parte 4, libro 20): "El (Goethe mismo) creía haber encontrado en la Naturaleza, en la orgánica y anorgánica, en la animada e inanimada, un algo real que sólo se manifiesta en contradicciones y que por consiguiente no puede captarse mediante el concepto y mucho menos expresarse mediante la palabra. No era divino, pues parecía irracional; ni humano, pues no tenía entendimiento; ni diabólico, pues era benévolo; ni angelical, pues a menudo parecía alegrarse del mal ajeno. Se parecía a la casualidad, pues no se veía en ello coherencia alguna; se parecía a la Providencia pues no siempre carecía de conexión. Parecía poder penetrar a través de todo lo que nos limita y parecía manejar arbitrariamente los elementos de nuestra existencia; contraía el tiempo y extendía el espacio. Sólo en lo imposible parecía encontrar complacencia y se deshacía con desprecio de lo posible. A este algo que se mezclaba con todos los demás seres y parecía unirlos y separarlos lo llamaba yo lo demoníaco, siguiendo el ejemplo de los antiguos y de todos los que han observado su existencia... Aunque lo demoníaco puede manifestarse en todas las cosas, en las corporales y en las no corporales, aunque se presenta de un modo extraño precisamente en los animales, aparece maravillosamente unido con el hombre y constituye uno de los órdenes cósmicos morales... Una apariencia terrible adopta lo demoníaco cuando llega a predominar en alguno de los hombres. Durante mi vida he podido observar a varios de esos hombres, en parte desde cerca, en parte desde lejos. No son siempre los mejores los que lo poseen, no destacándose ni por su espíritu ni por sus talentos, y raramente se distinguen por su bondad; pero emana de ellos una fuerza inmensa, ejercen una increíble influencia sobre las criaturas, hasta sobre los elementos, y seguramente no hay nadie capaz de decir hasta dónde se extiende su poder. Todas las fuerzas morales juntas no pueden nada contra ellos; en vano se esfuerza lo que hay de luminoso en el hombre de acusarlos de ser embusteros o víctimas de un engaño, las masas se sienten atraídas por ellos. Raras veces o nunca encuentran seres que se les parezcan, y nada ni nadie puede vencerlos, a no ser el universo con el cual han comenzado a luchar." En la literatura actual, la expresión demoníaco se emplea frecuentemente en un sentido vago y poco estricto. Con frecuencia se designa con ello lo espeluznante, abismático, peligroso, o menos todavía.

9. En la *época de los Padres de la Iglesia*, se acentúa con frecuencia que Satanás no es un principio originario malo ni un poder originario malo, sino una criatura de Dios que ha prevaricado.

San Basilio (sermón 15, sección 8; BKV II, 385) dice: "Gabriel es un ángel y está siempre ante Dios. Satanás era un ángel y perdió totalmente su posición. Al primero le mantuvo en el cielo su libre elección, la libre voluntad arrojó al segundo a los infiernos. También Gabriel hubiera podido rebelarse y Satanás hubiera podido no pecar. Pero al primero le sostuvo su ilimitado amor a Dios; el segundo incurrió en la condenación por haberse apartado de Dios. Porque la maldad consiste en la rebe-

lión contra Dios. Basta una pequeña vuelta del ojo, y nosotros nos llamamos en el sol o en las sombras de nuestro cuerpo. Si miras hacia el sol, serás inmediatamente iluminado; si miras hacia la sombra, necesariamente quedarás rodeado de tinieblas. El diablo es malo por haber escogido la maldad libre y conscientemente, no porque su naturaleza esté de por sí en oposición con el bien. ¿Y de dónde viene su lucha contra nosotros? Porque el diablo, convertido en recipiente de toda maldad, adquirió también la enfermedad de la envidia y envidiaba nuestro honor. No pudo tolerar nuestra vida dichosa en el paraíso, sedujo al hombre mediante intrigas y engaños, se sirvió para seducirle de la pasión que él mismo tenía, a saber, querer ser igual a Dios, mostró a los hombres el árbol y le prometió que comiendo del fruto sería igual a Dios." Y San Gregorio Nacianceno (oración 6, sección 12; BKV I, 202): "Luego viene todo lo que en primer lugar procede de Dios y rodea a Dios, a saber, las fuerzas celestiales y angélicas, las cuales reciben el ser de la Luz primordial y están compenetradas de la palabra de verdad y son luz y resplandor de la Luz perfecta. No es propio de ellas ni el combatirse ni el oponerse. Porque en Dios no hay rebelión alguna, ya que en Dios no hay destrucción; pues la rebelión engendra destrucción... El ángel que atrevido se reveló y con orgullosa cerviz se sublevó contra el Señor todopoderoso, anhelando, como dice el Profeta, un puesto por encima de las nubes, fué castigado en correspondencia con su locura. Fué condenado a ser tinieblas en lugar de luz, es decir—y para expresarme con más precisión—se convirtió a sí mismo en tinieblas. Los demás ángeles conservaron su dignidad y siguieron disfrutando de la paz y la quietud, ante todo, pues la Santa Trinidad les había otorgado unidad e iluminación." San Agustín (*De civitate dei*, libro 12, cap. 1; BKV II, 201 y sig.) afirma: "La diferencia en las tendencias de los ángeles buenos y los malos no se funda—de ello no puede dudarse—en la diversidad de la naturaleza y de los principios, puesto que tanto los unos como los otros fueron creados por Dios, el buen hacedor y creador de todos los seres. La diferencia se deriva más bien de la diversa orientación de la voluntad y de la codicia: los unos permanecen inquebrantablemente fieles en el Bien común a todos, que es Dios mismo, y en su eternidad, verdad y amor; los otros, al contrario, orgullosos de su propio poder, como si fueran para sí mismos su propio Bien, se han apartado del Bien supremo, común y beatificante y se han vuelto hacia sí mismos, y hechos soberbios, engañosos y envidiosos han tomado su impertinente soberbia por sublime eternidad, su artificioso engaño por segurísima verdad y sus deseos particulares por amor puro. La bienaventuranza de los unos se funda, pues, en el amor abnegado a Dios; y la causa de la desgracia de los otros es lo contrario, el haberse apartado de Dios. Con razón, pues, se dice de los unos que son bienaventurados, pues están unidos con Dios, y de los otros, que son desventurados, pues están apartados de Dios." San Agustín (*Confesiones*, libro 13, cap. 8; BKV VII, 342): "Aun en la deplorable inquietud de los espíritus caídos, que, privados de tu vestido de luz sólo ostentan sus propias tinieblas, muestras Tú el elevado puesto que has señalado en tu Creación a la criatura racional, la cual, para gozar de paz bienaventurada, no puede contentarse con nada que sea menos que Tú, ni siquiera consigo misma."